



**FRAN
BARRERO**

AMURAO

El aullido del lobo solitario

La inspectora Cristina Collado parte hacia Estados Unidos para realizar un curso especializado en asesinos en serie e impartido por el FBI.

Pronto la tempestad que azota el nordeste del país empeora y aísla a alumnos y profesores en un antiguo complejo militar, justo en el momento en que ocurre un asesinato real. ¿Está el homicida entre ellos? La mente de cada inspector se pondrá a prueba en este trepidante y frenético *thriller*, especialmente la de Collado, que necesitaba este empujón para volver a la realidad tras meses de baja.

Un giro radical a la saga Amurao, cambiando escenario, protagonistas y estilo narrativo, pero igual de inmersivo, asfixiante y veloz como recuerdas de las entregas anteriores, especialmente la tercera: *La soberbia de los nonatos*.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Laura Chans Ortega

Prólogo

Si el miedo desprendiese hedor, habría allí una manada de lobos esperándola para darse un festín, aunque no era ella la que sentía pánico. Los diez días que llevaba allí podrían haber afectado a su estómago, a sus nervios o a sus ganas de abandonar el lugar más que nada en el mundo, pero no a su coraje.

Entró con el máximo sigilo por la ventana. No se veía nada en absoluto, sus ojos aún tendrían que acostumbrarse a la casi completa oscuridad que invadía el interior de la casa; y no podía encender las luces sin delatar su posición, estaría muerta en cuestión de segundos. Tras echar un vistazo durante los siguientes minutos al salón y la cocina, a la inspectora Cristina Collado solo le quedaba subir a la planta de arriba, el único lugar en que podría encontrar al asesino de sus compañeros. Le sudaba la mano a pesar del frío, pero no se le escurriría el cuchillo de cocina que esgrimía, algo insuficiente ante un astuto y despiadado criminal que contaba con una pistola, pero no tenía nada mejor que usar.

Sentía ahora su respiración con más intensidad al tratar de contenerse para no temblar por el frío, tenía otras preocupaciones mayores en ese momento que morir congelada, como no caer en una trampa ni ser sorprendida por la espalda. Debía golpear primero o estaría desahuciada.

Subir el primer peldaño de las escaleras supuso una declaración de intenciones, ya no había marcha atrás. El fino cable emitió un destello justo antes de que ella dejara caer el pie, su corazón se detuvo por un larguísimo instante. Ha-

bía evitado la muerte de un modo demasiado fortuito, no podría esperar la misma suerte a partir de ese momento. No, ella no se lo pondría tan fácil al asesino como lo habían hecho los demás. Saltó del primero al cuarto escalón y continuó decidida hacia su destino.

Cristina sabía que no tenía muchas opciones de salir con vida de allí, que tal vez no volviese a ver a su hija ni al resto de su familia y amigos jamás, pero no podía luchar contra lo que sentía manar de su pecho, algo que creía dormido desde que perdió a Fran unos meses atrás: aquello que la había conducido a dedicar su vida a proteger a los débiles. Sonó estúpido y peliculero en su mente, pero sabía que era la mejor forma de definirlo. Morir esa noche sería mucho menos trágico que vivir hasta los cien años recordando, como un castigo cruel, la cobardía de huir y refugiarse a la espera de refuerzos. ¿Cómo iba a mirar a su pequeña pensando que estaba a su lado gracias a dejar morir a otros? ¿Cómo iba a mirarse al espejo cada mañana? Rehusar el ataque y detención de un criminal por miedo... No, eso no sucedería.

—Aaaaauuuuuuuuuu.

Toda la piel del cuerpo se le erizó y el escalofrío hizo que tuviera que agarrarse al pasamanos para mantener el equilibrio. El aullido había resultado tan real como si lo hubiese emitido un lobo. Uno enorme y blanco como el que la atormentaba en sus recientes pesadillas.

Cristina hizo un esfuerzo para recuperar la templanza.

«¿Quieres una lucha entre lobos, cabrón? Pues deja la pistola y peleemos. No te escondas como un puto cobarde».

Capítulo 1

Febrero de 1992. Westminster, 70 km al norte de Washington D. C. (Maryland).

La manada lo había abandonado a su suerte. A su suerte... interesante palabra en esa situación.

La oscuridad y la desorientación eran lo de menos, *a priori*, porque el inspector Christian Mitchell sabía que no lograría sobrevivir si no encontraba lo antes posible el camino de regreso al coche. También podría volver a la casa en la que acababan de irrumpir para detener a dos asesinos. ¿La casa? Maldita sea, la casa y el coche estaban a pocos metros la una del otro.

¿Qué coño había pasado? ¿Cómo se había torcido tanto lo que debía ser una detención rutinaria? A uno de los tipos lo mató Nolan durante el tiroteo, el otro se rindió y fue esposado antes de llevarlo al coche patrulla. Entonces, ¿de dónde surgió aquel tercer tipo con la escopeta? Christian salió de la casa como pudo, atravesando una ventana, en cuanto vio que iba a dispararle; luego se desató un infierno durante demasiado tiempo como para pensar que el tercer asesino había sido reducido con facilidad, quizás había alcanzado a alguno de sus compañeros. En estos tiempos, cualquier paleta puede comprar en un supermercado una ametralladora o escopeta. Si además se trata de presuntos homicidas, el asunto empeora.

La tempestad había empezado antes de que ellos llegaran a la casa, pero ahora se mostraba tan intensa que había provocado que se perdiese sin saber siquiera cómo había

ocurrido. Caminó durante unos minutos hacia donde creía que estaba la casa, nada, luego regresó siguiendo sus pasos, o eso creía él, y buscó alternativas como esperar a que ellos lo llamasen. Eran sus compañeros, sus hermanos, pero sus voces no llegaron.

Estaba perdido.

Casi no sentía los dedos de sus manos y pies a pesar de la ropa térmica que el departamento les había asignado. Estaría a más de veinte bajo cero, sometido a una densa nevada con viento rasante, y comenzó a sentir un miedo que jamás antes había experimentado. ¿Lograría salir de allí con vida? Cada vez dudaba más de esa posibilidad.

—Somos lobos bajo la tempestad —se dijo con un temblor de mandíbula que no lograba contener. Era el grito de guerra del grupo de homicidios al que pertenecía. No, sus compañeros no lo dejarían morir bajo la nieve en una puta noche de invierno, estaba seguro de ello. Apostaría su vida. Que no oyese sus gritos mientras lo buscaban era por culpa del muro de nieve que caía sin cesar y de que tenía aún los oídos dañados por el estruendo del tiroteo anterior.

El viento arrojaba fríos y gruesos copos de nieve contra su cara, comenzaba a sentir cómo se le escarchaban los ojos. Mala señal.

Podría disparar al aire para que lo oyeran. ¿Dónde estaba su arma? La había perdido y hasta ese momento no se había dado cuenta; estaría en el suelo de la casa. ¿Qué más daba? No sirve de nada lamentarse por cosas que no se pueden deshacer. Y, además, ahora tenía enemigos diferentes con los que luchar, de esos que no caen ante una bala, se trataba del frío, el miedo, la soledad y la incertidumbre.

Siempre podría gritar con todas sus fuerzas.

Sus compañeros tardaban demasiado en encontrarlo. A pesar del sonido del viento y de la capa de aire y nieve que había entre ellos, una batida de cinco o diez minutos habría bastado para que se cruzasen. Estaba cerca de la casa y de los coches patrulla, del amparo y el calor de la calefacción,

no habría ni cien metros hacia la salvación, pero cada minuto sentía alejarse kilómetros de ella.

Miró hacia el suelo, parecía no haber pisadas a su derecha, la nieve se mostraba como un denso e inmaculado manto de muerte. Quizás aquel fuese el camino acertado, el sendero que aún no había probado, así que cambió de rumbo a la vez que gritaba con todas sus fuerzas. Luego pensó que lo de las huellas no era fiable, ya que estas se borraban en pocos minutos al quedar sepultadas por la nevada.

«Quien dijo que la esperanza es lo último que se pierde, no habría vivido una situación como esta en su puta vida».

Cada vez le costaba más dar el siguiente paso, no sentía ya las rodillas y su mente le susurraba que abandonase, que se tumbara en el suelo para dormir un poco.

No. Tenía que hacer lo imposible por volver con su familia, no pensaba renunciar a ellos, especialmente a su hijo de diez años. Le había prometido que irían juntos a ver las semifinales de la liga mundial. Los Piratas habían perdido en esa misma fase el año anterior y ahora les tocaba vencer y enfrentarse en la final a los Blues de Toronto. Sí, este era el año en que volverían a ganar la liga, el año en que él podría celebrarlo con su pequeño pistolero.

Apretó los dientes en una última acometida, caminando con firmeza a la vez que gritaba a todo pulmón. No avanzó más de quince metros antes de desplomarse. Ni siquiera le dolió el golpe contra el suelo, ya no sentía ni una sola célula de su cuerpo.

Iba a morir a los treinta y seis años, congelado como un estúpido zorro al que la tormenta le hubiera sorprendido lejos de su madriguera. Recordó su paso por el instituto, donde fue lanzador y ganaron una liga estatal, aquella noche hizo el amor por primera vez; años después, su novia se convirtió en esposa y madre de su hijo. Recordó su boda y el nacimiento de su pequeño campeón, luego su ingreso en la academia, la graduación, el ascenso y destino a homi-

cidios. La broma que le gastaron sus compañeros como iniciación, menuda vergüenza pasó ante la *stripper* transexual que contrataron para la fiesta; vaya panda de hijos de puta. Juntos eran imbatibles, no habían fallado un caso en años, trabajaban como un ente único, cada integrante tenía un rol y se definía como una parte del cuerpo de un lobo. Christian se encargaba de la logística y era la pata delantera izquierda. Era...

Miércoles

15 de enero

—¡Alto o disparo!

La inspectora Cristina Collado se sobresaltó y a punto estuvo de dejar caer el vaso de cartón con el café, se giró y no pudo contener la risa que brotó espontánea al verles allí. No habría imaginado a tantos amigos a su alrededor solo unas horas antes, cuando dudaba en el último momento si seguir adelante con el viaje o quedarse con su hija y continuar con una vida que, por desgracia, ya comenzaba a aceptar.

Dos horas atrás, colocaba varios jerséis de lana junto a la ropa interior en la maleta, pensando que a la llegada a su destino necesitaría un abrigo de mejor calidad. La información del tiempo en Internet aseguraba temperaturas de veinte bajo cero en el nordeste de los Estados Unidos. Ni siquiera tenía claro que fuese capaz de resistir esa barbaridad de frío, cuando en Huelva nunca había bajado el termómetro de diez grados sobre cero.

Había dejado su arma reglamentaria en la caja de seguridad, pero llevaba la placa consigo, junto al pasaporte y demás documentación y tarjetas de crédito, la sentía como una parte indivisible de su cuerpo. Buscó un rotulador en los cajones de la mesita, con uno rojo dibujó el símbolo del dólar en su mano derecha, eso le recordaría que debía cambiar euros por dólares en la oficina de cambio del aeropuerto a su llegada. Le habían asegurado que los gastos de alojamiento, transporte y comida corrían a cargo de las dos instituciones: los fondos para formación de la Policía Nacional y los del propio FBI, pero su sentido común le decía

que no viajase a miles de kilómetros de su casa sin dinero en el bolsillo.

El espejo, desde la pared al otro lado de la cama, le mostró lo demacrada que aún estaba. Le faltaban cinco kilos para recuperar su peso habitual, las ojeras podría ocultarlas tras el maquillaje y las raíces del pelo las teñiría con... ¿Podría comprar un tinte en el pueblo? ¿Habría peluquerías? ¿Le permitirían en el aeropuerto llevar un tinte en la maleta? En las tres semanas que duraba el curso, su cabello rubio tendría un aspecto horrible si no se teñía las raíces negras. Quién sabe, tal vez era una señal para oscurecerlo y recuperar su color natural, tal vez cortarlo y tener menos quebraderos de cabeza; llevaba desde los diecinueve con ese aspecto y podría ser este el momento de actualizarlo. No le vendría mal un cambio radical y completo a toda su vida.

Su hija rompió a reír desde el salón, estaba viendo *Masha y el oso* en el televisor en compañía de sus cuatro abuelos. ¿Cuánto tiempo sería capaz de soportar alejada del motor de su vida? Desde que Fran falleció, su corazón había dejado de latir por sí solo, ahora era la niña quien tiraba del desvencijado carro. Ser responsable de su seguridad, alimentación, educación,... se había convertido en el único motivo para seguir adelante. ¿Podría vivir sin ella durante tres semanas? Tal vez sí, pero sería una tortura inimaginable. Su psicóloga le había recomendado encarecidamente hacerlo, así como el comisario, Marcos Navarro, de quien se fiaba más que nadie en el mundo. «Te hará bien desconectar del trabajo, de la niña e incluso del país. Y será una formación que te convertirá en la mejor policía que haya conocido, te lo garantizo».

Echaría de menos a Paco Hernández, el antecesor de Marcos, pero este último había sido su mentor, el que le dio la oportunidad en sus dos primeros grandes casos, los que le valieron sendos ascensos, y su consejo era más valioso que una orden, más que un deseo propio. Claro que

no reaccionó de la mejor forma al conocer lo que había hecho Marcos a sus espaldas.

Cerró la maleta, suspiró hondo y se dirigió al salón, allí tuvo que pedir entre lágrimas que se llevaran a la niña al dormitorio para no verla o no sería capaz de marcharse. Su padre, en completo silencio, condujo el coche hacia el aeropuerto de Faro, en Portugal, hasta llegar a la terminal tres y ver cómo la chica se despedía con un «hasta pronto» y se encaminaba con la maleta hacia el interior del enorme edificio de cristal. ¡Qué difícil estaba resultando todo! Al menos sabía que su pequeña Evita estaría bien cuidada por sus padres, por los de Fran y por su hermana. Aun así, no sería capaz de estar más de cinco horas seguidas sin llamarles desde Estados Unidos.

La oficina de facturación de equipajes de su compañía apareció ante ella tras recorrer dos largos pasillos y subir unas escaleras mecánicas, se puso al final de la cola y tuvo que obligarse para no llamar a casa y preguntar por la niña, a la que imaginaba llorando desconsolada por la pérdida de su madre. Entonces visualizó en su mente a Irene, amiga y recepcionista de la comisaría: «no seas paranoica, la niña ni se habrá enterado de que te has ido, estará viendo los dibujos animados en la televisión o durmiendo una siesta después de que alguna de sus abuelas la haya atiborrado a dulces».

—Bueno, creo que puedo aguantar unas horas más —se dijo—. Si voy a estar tres semanas fuera, debo comenzar a mentalizarme y a tratar de centrarme en el curso policial tan importante que voy a realizar. El sueño de todo oficial o inspector de homicidios.

Una niña, que hacía cola junto a su familia delante de ella, la observó hablando sola. Cristina le guiñó un ojo y lanzó una sonrisa, pero la pequeña se escondió tímida tras el cuerpo de su madre, cuya mano no soltaba en ningún momento.

Después de facturar la maleta, tendría más de una hora disponible hasta embarcar, así que pensó en dar un paseo por las tiendas de *duty free* para echar un vistazo y luego tomar un café bien cargado, así entraría en el avión con las energías a tope. La cola avanzaba despacio, demasiado, y observar a la familia con una niña pequeña ante ella hizo que no pudiera olvidar a su hija; pero decidió esforzarse en prescindir del vínculo maternal tan firme que había creado para equilibrar su vida y la carencia de Fran que padecía, y que la niña debía de sufrir también.

No. Se acabó la autocompasión. Era el momento de pensar en su futuro, en lo que la esperaba al cabo de unas horas. ¿Sería fácil entenderse dentro de un grupo formado por policías de diferentes países? Hablaba inglés a la perfección, pero no tenía la más remota idea de lo que iba a encontrar en el curso especializado que daba el FBI cada año para los mejores oficiales e inspectores del mundo; solo diez privilegiados que, recomendados por los ministerios de sus países, lograban la tan ansiada y solicitada plaza. En el informe que le enviaron por correo electrónico hablaban de una especialización para estudiar y atrapar asesinos en serie, lo harían estudiando un caso real, investigando uno muy complejo, no sabía nada más. Pensó que le habría venido fenomenal esa formación en algunos casos investigados en el pasado reciente.

Aparte de eso, y de las temperaturas tan bajas que esos días azotaban el pueblo del norte en que se hospedaría y asistiría a las clases, no sabía qué iba a encontrar a su llegada.

Una vez liberada de la maleta, se dirigió a las puertas de embarque para dejar atrás el bullicio que formaban los pasajeros en las colas de facturación. Tras pasar por los escáneres y detectores de metal, vio un *Starbucks*, donde se decantó por un americano doble sin azúcar, pero no se sentó a degustarlo sin prisas en los mullidos sillones, prefirió caminar por la zona, ver los restaurantes y cafeterías y cu-

riosear por las tiendas de la planta baja, desiertas a esa hora. Se fijó en un bonito abrigo gris, demasiado ligero para su futuro inmediato pero aun así le encantaría comprarlo para tenerlo en su armario, llevaba tanto tiempo sin comprarse ropa... Luego miró el precio.

«¿Trescientos cincuenta euros? ¿Están locos? Se supone que estas tiendas son baratas porque no pagan IVA. ¡Qué barbaridad! Adiós, precioso». Se despidió del abrigo con pesar y siguió mirando el resto de la ropa que no pensaba comprarse, hasta que...

¡Alto o disparo!

Debió reconocer la voz de su compañero, el inspector David Sobrá, que venía acompañado de Marcos Navarro, Nuria Carvallo, Irene Macías y varios agentes más.

—¡Qué susto me has dado, imbécil! Casi se me cae el café. ¿Qué hacéis aquí? ¿Ha pasado algo en Portugal?

—Sí, que se nos va alguien a quien queremos mucho y venimos a despedirla.

—Pero habréis dejado la comisaría vacía. ¿Quién está en la recepción?

—Nacho —respondió Irene.

—Vaya, espero que el edificio siga en pie y que no cunda la anarquía por la ciudad en tu ausencia.

—Ya me imagino que no atenderá ni la mitad de las llamadas, estará jugando al solitario en mi ordenador.

Nuria se acercó en un arrebato y le dio un abrazo, Cristina lo necesitaba. Marcos la observaba en silencio, con la mirada de orgullo que tendría un padre en la graduación de su hija, a pesar de que se llevaban menos de diez años. Cristina necesitaba decirle algo que le quemaba las entrañas desde hacía una semana.

—Gracias por mandar la solicitud y escribir semejante carta de recomendación. Y siento mucho haberme enfadado contigo por haberlo hecho sin mi permiso. Entiende que no estaba preparada ni concienciada cuando me diste la